

Nace en Ubrique en el otoño del 56. Titulado en Magisterio, se dedica en la actualidad a pelearse con las letras. Ha conseguido numerosos galardones en poesía y narraciones cortas, entre los que cabe destacar: "Ciudad de Loja", "Juan Ortiz del Barco", "Villa de Monturque", "Santa Marta de Tormes", "Villa de Cortegana", "Ateneo de Sanlúcar", "Villa de Mazarrón", "Antonio Porras", "Villa de Iniesta", "Ateneo de Córdoba", "Manuel Garrido Chamorro" y otros.

Juan Molina Guerra

Ubrique, 1956

Tercer Accésit

## VENUS DIVINA

Uno nunca sabe en qué momento se torcerán las cosas. Edificas tu vida sobre cimientos sólidos, al menos eso es lo que crees, pero luego resulta que lo que parecía un firme armazón deviene en frágil estructura. Es lo que aconteció en mi relación con Melania.

Antes de continuar les diré que me llamo Marco Aurelio. Mis padres son profesores de Universidad, leen a los clásicos y asisten a conciertos y, en ocasiones, cuando la obra lo merece, van al teatro. Mi madre, además, canta en el coro de la iglesia de la Almudena y mi padre frota el arco contra las cuerdas de una viola que, a veces, suena a Berlioz. Habiéndome criado en este ambiente de excelencia, no es de extrañar que yo haya terminado por convertirme a mi vez en profesor. También soy escritor, "esa cosa extraña", que diría Borges. Doy clases de Literatura en la Facultad de Filosofía y Letras, y mi vida discurría apacible y sin sobresaltos hasta la aparición de Ekaterina el curso pasado.

Ella había llegado a la Facultad en virtud del acuerdo de intercambio que la Universidad había suscrito recientemente con los países surgidos de la extinta Unión Soviética. Era lo que, en el argot universitario, denominamos una *erasmus*. Entró con la clase ya empezada y el aula se iluminó. “¡Oh, Dios mío, tú no eres de verdad!”, oí que decía, deslumbrado, mi pensamiento. Partí la tiza contra el encerado y mis alumnos rieron. Ella se limitó a disculparse, perdón, dijo, con acento del Este, y se dirigió hasta el fondo, Venus divina, a bordo de sus largas piernas y su rubia melena cayéndole sobre los hombros. La seguí con la vista hasta que se sentó, y entonces mi mirada se cruzó con la de Montesinos, mi alumno más aventajado. Ahí supe que empezaba mi calvario.

En mi aturdimiento por su epifanía, no acerté a preguntarle su nombre. El pavor del abismo que había vislumbrado por un instante me alertó que debía volver a la cordura, así que bajé de la nube ilusoria que me había cegado, aterricé sobre el entarimado y recogí el trozo de tiza que había saltado por los aires momentos antes, y ahí fue que les anuncié que, esa tarde, en la Fundación Juan March, Mario Vargas Llosa daría una conferencia acerca del método creativo, dentro del ciclo sobre Poética y Narrativa que había programado la institución con el auspicio de la Universidad. Les pedí que no faltara nadie, que la experiencia sería muy gratificante, que llegaran temprano porque se esperaba una gran afluencia de público. En el fondo, albergaba la esperanza de que ella acudiera para poder disfrutar de cerca de su magnetismo. Por un instante la imagen de Melania cruzó por mi mente, y la luz que la habitaba palideció. Me sentí confuso y apenado. ¿Por qué me sentía culpable de repente? ¿Acaso me estaba vedado el goce de la Belleza? ¿Por qué un sentimiento estético se veía ensombrecido por la bruma de la conciencia? ¿Era la conciencia enemiga del éxtasis? Recordé la obra de Umberto Eco. En *El nombre de la rosa* un monje ciego, bibliotecario y recalitrante ha secuestrado el segundo libro de la *Poética* de Aristóteles, donde se trata a la comedia, la risa y el humor como transmisores efectivos de la Verdad. Para el monje ortodoxo la vida debe ser austera, sacrificada, triste, en suma, como corresponde a los habitantes de este valle de lágrimas que es el mundo. Eso debe ser, me digo: la conciencia es el rescoldo primigenio de nuestro pecado original, el cisco incombustible que subyace en nuestro subconsciente recordándonos en cada momento de deleite que sólo somos barro enamorado, polvo de estrellas que algún día tornará al suelo del que procede. Ahí sonó el timbre, y mis divagaciones se detuvieron. Los alumnos fueron saliendo y yo

me demoré en mi escritorio haciendo ver que recogía mis cosas, pero oteando en realidad el dorado resplandor que se acercaba hacia la puerta desde el fondo del aula. Pero, una vez más, como antes ocurriera con la imagen de Melania cruzando mi mente como la sombra negra de una bandada de cuervos, ahora eran los ojos intimidantes de Montesinos los que se interponían entre el desasosiego de mi cuerpo y el levitar cadencioso de la alumna que llegó del oriente.

-Nos vemos en la Fundación, profesor. Le guardaré un sitio –me dijo Montesinos, y yo se lo agradecí con la voz temblorosa, intentando aparentar una calma que no poseía, posando mi mano en su hombro y girándome apenas para seguir la estela, el fulgor que aún aleteaba en aquella silueta que ya trasponía la puerta y era sólo un rastro de devastación en mi corazón conmocionado.

Acudí temprano a la conferencia. La sala estaba atestada. Era tanta la gente que se había quedado fuera que se habían habilitado altavoces para que pudieran seguir la disertación los que no habían conseguido asiento en el interior. La charla del autor peruano había levantado una enorme expectativa. Había mucha gente de letras, escritores, universitarios, periodistas. Conseguí entrar en el recinto en medio del tumulto. En las primeras filas divisé a Montesinos, levantado, que miraba en dirección a la puerta de entrada y me hacía señas con el brazo oscilante. Me acerqué. Estreché su mano y él me señaló el asiento vacío. En el asiento siguiente, ¡oh milagro!, estaba ella. Hola, dije torpemente, y le tendí la mano. Ella me la estrechó con su dulce liviandad, sin levantarse. Yo me senté a mi vez y miré a Montesinos, pero éste hacía como que nos ignoraba, oteando la sala desde su atalaya de un metro ochenta y cinco. Entonces aproveché para acercar mi cabeza a la de ella y le pregunté: ¿cómo te llamas? Ella acercó sus labios a mi oreja. Su pelo me rozó, electrizante, erizándome el vello, llámame Afrodita, me dijo en un susurro, y yo sentí por un instante que había aprehendido el concepto de belleza convulsa de que hablaba André Bretón, y sonreí, y envanecí el pecho, y me sentí dueño de un secreto, pero mi frenesí duró poco, porque de alguna sima de mi cerebro emergieron los heraldos negros de Melania y dieron al traste con mi euforia. Ahora sentía el horror del vacío, la hiel de una vida adulta tirada por la borda de la rutina. Por otro lado, me aborrecía a mí mismo por estos pensamientos tan abyectos. ¿Por qué era tan injusto con mi esposa? Era cierto que no podía darme hijos, pero era inmoral que yo intentara acusarla por los

desajustes de su genética. Lo siento, Marco Aurelio, me había dicho ella, entre sollozos, a la vuelta del hospital, mientras retirábamos de la cama de nuestro dormitorio la sábana ensangrentada. No te sientas culpable, amor mío, recuerdo que le dije, abrazándola, aquella tarde. Luego vinieron los días de soledad y silencio, las compras compulsivas con la tarjeta de crédito siempre excedida; Montesinos deambulando por la casa como si fuese su hogar, pasando a limpio mi último ensayo y alternando el ordenador con las visitas al cuarto de baño y al dormitorio de soltero, donde se había instalado Melania definitivamente y adonde acudía cada tarde mi enfervorizado alumno a llevarle a la cama el té de las cinco.

Se había hecho el silencio en la sala, un silencio casi reverencial, que testimoniaba el predicamento de que gozaba el autor arequipeño entre los presentes. Montesinos se frotó las manos y me dirigió una sonrisa iluminada. Ahí llega, profesor, me dijo, y luego levantó el pulgar con el puño cerrado y miró a Ekaterina. “Es un buen chico, a pesar de todo –me dije a mí mismo-, y ama la Literatura”.

Mario estuvo a la altura de lo que se esperaba de él. Nos desveló algunos secretos de su proceso creativo, que, básicamente, se resumían en disciplina y en ajustarse a un horario, como un empleado de oficina; también nos contó que tomaba notas en pequeñas fichas, y nos confesó un arcano: a él, dijo, más que escribir, lo que de verdad le gustaba era reescribir, cortar, añadir. Comparó su método concienzudo con el más heterodoxo de Juan Carlos Onetti, de quien dijo que escribía por impulsos, a ráfagas, en trozos de periódicos, libretas, servilletas... que luego no sabía muy bien cómo armar. Habló también del “método Cortázar”, que consistía en sentarse ante la máquina de escribir y esperar a la inspiración. Hizo un repaso a través de su obra, los entresijos de cada libro, la documentación que requerían algunas historias, como era el caso de *La guerra del fin del mundo*, que narra la guerra de Canudos en el siglo XIX. El público estaba entusiasmado con el autor de *La ciudad y los perros*, pero yo sólo concentraba mi atención en la rodilla de Ekaterina que por momentos rozaba la mía, su tacto de carne sobre mi pantalón, y en cómo la abordaría al final de la conferencia para conseguir que tomásemos unas copas juntos. Mi zozobra no duró mucho, pues fue Montesinos quien, tras un prolongado aplauso al final de la disertación del peruano, propuso que nos fuésemos de cañas a Ertkiza.

Jamás olvidaré aquella velada, pues supuso un punto de inflexión en mi vida. Mi alumna del Este estaba radiante, tenía el pelo del color de la cerveza y sus ojos eran un agua transparente. Debe ser por el lago, me dijo ella ante mi apreciación, con esa luz que desprendía cuando sonreía. Ahí ya me contó por fin —Montesinos al margen, como un convidado de piedra— que su nombre era Ekaterina, que provenía del sur de Siberia, que su padre había sido ferroviario en la línea del Transiberiano, y que ahora era jefe de estación en Sljudjanka, a orillas del lago Baikal. Sus ojos se encendían describiéndome las aguas turquesas del lago, su transparencia hasta los cuarenta metros de profundidad, su fondo insondable de tan hondo. Yo la miraba a los ojos y veía el lago y percibí cómo acabaría todo, porque el magnetismo de Ekaterina eclipsaba mi raciocinio a la vez que excitaba mi imaginación. Ahí fragué mi plan. Quería a Ekaterina para mí solo. Contaba con el fervor de Montesinos y sabía de la atracción morbosa que éste sentía por mi esposa. Sabía lo que pasaría si provocaba el encuentro. Melania llevaba un tiempo en que bebía cada vez más. Se quejaba de continuas jaquecas, que nunca sabré si eran auténticas o fingidas, pero que daban ocasión para que Montesinos acudiera a la habitación en penumbra los días que estaba en casa, que eran casi todos, y entretuviera a mi mujer haciéndose eco de sus confidencias.

—¿Qué te cuenta? —le preguntaba yo las primeras veces.

—Son banalidades, profesor, no tiene por qué preocuparse —me contestaba él en cada ocasión.

Así que no lo dudé. Pedí una botella de vino blanco y dejé que Montesinos interviniera en la conversación. ¿Qué te ha parecido la conferencia?, le pregunté para animarlo, a la par que lo conminaba a beber. ¿Sabé qué, profesor?, además de escritor reconocido, Vargas Llosa es un excelente crítico literario. ¿Por qué no le envía un ejemplar de su libro cuando se edite?

Montesinos sabía cómo enaltecer mi ego. Mi trabajo versaba sobre los puntos de encuentro que contenían las obras de Dylan Thomas y T.S. Eliot.

—Vargas Llosa no es poeta —le comenté.

—Pero sabe reconocer la calidad de un buen ensayo —me refutó él.

Pero yo ya no estaba pendiente del contenido de la conversación, sino del roce de la rodilla de Ekaterina —¡oh, Dios mío!— con mi rodilla y del grado de achispamiento que presentaba la, cada vez más eufórica, voz de mi ayudante. De modo que, cuando creí llegada la ocasión, lo atajé con seguridad:

—Toma —le dije, depositando unos billetes sobre la mesa—, alquila un taxi y ve hasta mi casa. Dile a Melania que volveré de madrugada, que el rector me ha nombrado anfitrión del escritor peruano y que le estoy haciendo de cicerone por la ciudad.

—¿Por qué no la llama por teléfono? —me dijo él, mirando a Ekaterina contrariado.

—Ya sabes cómo es Melania. ¿Piensas que me va a creer? Mejor ve tú, inventa una excusa, utiliza la imaginación —le dije con rotundidad y gesto hosco.

No sin dudas y cierta reticencia, abandonó la taberna. Aunque dijo que lo esperásemos, yo sabía de su abotargamiento y del despecho de Melania. Sólo era cuestión de aguardar media hora y seguir tras sus pasos. Entre tanto, miré el reloj, me levanté hasta el mostrador, elegí unos pinchos, me senté a la mesa, llené el vaso de Ekaterina y la miré a los ojos. Háblame de tu lago, hermosa Afrodita, le dije, y entrechoqué mi copa con la de ella. Mientras Ekaterina relatava maravillas de la región de Irkutsk, yo fui reuniendo el valor necesario para dar el gran paso. Sabía que cruzar la línea equivalía a la miel del éxtasis o a la hiel del fracaso y la humillación, pero interpreté que las señales del camino eran tan claras que no había posibilidad de error, así que miré en derredor para comprobar que no había presente ningún conocido y luego le dije con toda la dulzura que fui capaz de acumular en mi voz: ¿puedo besarte? Lo estoy deseando, me dijo ella, ofreciéndome la pulpa deleitosa de sus labios. Yo apoyé una mano en su cuello y la atraje hacia mi boca. Nos fundimos en un beso cálido que me pareció eterno. Sentí un escalofrío a lo largo de la espalda y un agradable cosquilleo en el estómago. Eran sensaciones que creía perdidas en el desván de la rutina. Hacía ya tiempo que mis sentidos estaban abotargados. Tendría que remontarme hasta mi noviazgo con Melania, allá en el origen de los tiempos. Pensaba que estaba oxidado para el amor, pero Ekaterina había conseguido engrasar los resortes más recónditos de mi envejecida maquinaria y ahora me sentía plétórico y exultante. Su sola presencia me hacía rejuvenecer. Por eso fue que, cuando ella

me dijo, vayamos al Campus, profesor, yo no lo dudé un instante, a pesar de que sabía que mi plan de sorprender a Montesinos con mi esposa podía venirse abajo.

Entrar y salir de la Facultad a cualquier hora del día era una de mis prerrogativas como jefe de estudios. Más de una noche me había quedado con Montesinos trabajando en mi libro, así que, cuando el vigilante nos vio llegar, se limitó a darnos las buenas noches y a sonreírnos. Luego entramos en mi despacho y cerré la puerta con llave. Lo que vino a continuación es difícil de describir, porque los sueños son equívocos y yo no podía dar crédito a tanta belleza como se me ofrecía de forma tan altruista, sólo diré que los libros cayeron de mi mesa y que, de repente, todo era liviandad y gozo; sentí el placer de la contemplación, la voluptuosidad de la línea curva, ese acierto de la Naturaleza que daba entidad a todo lo bello; pensé en las ondas de luz de Einstein, en el movimiento elíptico de los planetas, en el universo en expansión con las estrellas orbitando en un vals cadencioso, y vi que todo ello se resumía en el cuerpo espléndido de Ekaterina, en la Afrodita sinuosa que me hacía rodar por el suelo de mi despacho con la grave armonía de un cuerpo celeste. “¡Mi joven erasmus, mi Venus divina! ¿Qué has visto en mí que me ofrendas el más preciado de tus dones?”, me decía complacido. No podía creer lo que me estaba ocurriendo; tenía la certeza de que debía de tratarse de un sueño. Pero el sudor que segregaba mi cuerpo, enredado en el abrazo inefable de Ekaterina, el olor del pecado transpirando en cada recodo de su anatomía, su calor tan grato de granada escindida no consiguieron aturdir mis sentidos. Si quería seguir disfrutando de este placer inesperado, debía seguir adelante con mi plan y sorprender en flagrante adulterio a mi esposa. Por eso fue que pedí a Ekaterina que me disculpase, que por el bien de nuestra relación debía acudir a mi casa lo antes posible, que ya le explicaría más adelante. Ni siquiera me di cuenta de la naturalidad con que mi entregada amante aceptó mis disculpas y me dejó ir sin objeciones.

Por el camino comencé a elucubrar la vida que me esperaba tras la repentina aparición de Ekaterina. Recordé a mi esposa la tarde que volvimos del hospital y recogimos juntos las sábanas ensangrentada; el derrumbe paulatino que siguió después: las continuas negativas a dejarse tocar por mí, su adicción al vodka y los daiquiris, su incomprensible enfrentamiento con mis padres, a los que acusaba de *exquisitos* y de haberme convertido en un ser repelente y endiosado que vivía encerrado

en su torre de marfil y que sólo amaba los libros. Recordé a Melania, sí, su ocaso como mujer que se desprecia a sí misma. Su falta de autoestima y su progresiva destrucción habían enterrado en vida nuestro matrimonio. Parecía que el único antídoto que había encontrado para hacer frente a su depresión era comprar compulsivamente todo aquello que se exhibía en los escaparates. De su errática conducta no podía deducirse sino que pretendía llevarme a la bancarrota, ya que ella nunca había trabajado fuera del hogar, y mi sueldo de profesor y las ventas de mis libros eran los únicos ingresos de que disponíamos. Ante este panorama era lógico que me hubiese asustado y que albergara secretamente la idea del divorcio como salida al atolladero en que se encontraba mi vida. Fue por eso que en los últimos tiempos trabajaba más en casa que en mi despacho de la Facultad. Sabía de los encantos de mi esposa, que aún conservaba ese halo de hermosura que me atrajo en la juventud. Sus senos y sus glúteos aún ostentaban una turgencia serena y atrayente y sus caderas seguían manteniendo, ay, esa curvatura de tobogán por la que me había precipitado tantas veces siglos atrás. Sabía también que a Montesinos se le iban los ojos detrás de mi mujer. Pude comprobarlo la primera tarde que lo llevé a casa y Melania cruzó por el salón con la bata entreabierta, con un daiquiri en una mano y una guedeja de su largo pelo negro en la otra. Montesinos tragó saliva y miró azorado para el suelo. No necesitaba más: el joven brillante pero apocado y la mujer madura, hermosa y despechada. Era una mezcla perfecta. Estopa y pedernal. Sólo faltaba el eslabón del demonio para hacer saltar la chispa, y el demonio era yo, y ahora iba camino de casa seguro de que los pillaría a ambos en la cama, entrelazados y ajenos en su lujuria. Era un plan perfecto. El marido engañado que pide a su esposa el divorcio por adulterio. Sin hijos de los que cuidar, un cheque mensual bastaría. Yo conservaría la casa. La comunidad universitaria me miraría por un tiempo con cierta conmiseración y luego podría recobrar mi vida con el precioso hallazgo del tesoro de Ekaterina.

Llegué a casa y abrí la puerta procurando no hacer ruido. Me reí de mí mismo allanando mi propio hogar como un vulgar ladrón. Agucé el oído y no escuché nada. La puerta del dormitorio de soltero estaba entornada, la empujé levemente y prendí la luz. Melania roncaba con estrépito. Llevaba sobre los ojos ese antifaz de tul azabache sin agujeros que se colocaba para dormir y que me provocaba hilaridad los primeros días. Dormía sin sujetador, como en ella era habitual. Por un

instante decidí levantar las sábanas y comprobar si llevaba puestas las bragas. Pero miré la mesita de noche y la botella de vodka por la mitad. No había rastro de Montesinos por ningún lado. Apagué la luz y me retiré a dormir. La duda me asaltaba. Me había demorado más de lo que tenía proyectado a causa de Ekaterina, pero aún era temprano. Confiaba en haberlos pillado juntos. Era la ocasión propicia. Pedirle a Melania el divorcio por las buenas era una idea descabellada. Me desangraría vivo. Se quedaría con la casa, de eso estaba seguro. Así que tendría que esperar una nueva ocasión. ¿Qué había pasado con Montesinos? ¿Dónde estaría ahora el muy bellaco? Me asaltaban sentimientos encontrados. Por un lado recordaba mi encuentro con Ekaterina, su complaciente entrega, y por otro no dejaba de repasar qué podía haber ocurrido para que mi plan no culminara según mis deseos. Poco a poco me fue venciendo el sueño, y no puedo recordar si fue en el umbral de la vigilia o en la confusión onírica de mi laberinto que vi a Vargas Llosa ante el atril y escuché sus palabras premonitorias: *“Es gracias a la muerte que podemos ser felices, porque sabemos que en algún momento todo va a terminar.”*

¿Existe el azar? ¿Juega Dios a los dados? ¿Quién no se ha hecho alguna vez estas preguntas en las encrucijadas de la vida? Porque todo lo que aconteció después permanece aún en la cripta de la duda, en el dédalo de lo inextricable.

Montesinos me aseguró que le había dado el recado a mi mujer tal y como le pedí. Ante mi insistencia, llegó a jurar por nuestra amistad, como si eso fuese garantía de algo. Me contó que volvió a la taberna de Ertkiza y que, al no vernos allí, se fue a su casa a dormir. Ekaterina, por su parte, comenzó a mostrarse esquiva, aunque asistía a clase con asiduidad, pero su disimulado desdén acrecentaba mi pavor. La deseaba a toda costa, mas no debía dar pasos en falso, estaba en juego mi reputación: la relación profesor alumno era vigilada estrechamente por la oficialidad universitaria. Por otro lado, no podía sincerarme con Montesinos. No podía estar seguro de su lealtad. Menos aún ahora que lo veía coquetear de continuo con mi hermosa Afrodita. Nuestra relación de amistad había comenzado por la atracción que despertaba en él mi imagen de profesor laureado, doctor en Literatura y escritor de prestigio. Mis ensayos anteriores sobre la obra de Cesar Vallejo y sobre Rainer María Rilke habían gozado de muy buena acogida entre el mundo

universitario, y las críticas habían sido elogiosas. Él se había ofrecido voluntario como secretario para ayudarme en mi nuevo libro; habíamos disfrutado juntos de los versos de Dylan y de Eliot, y yo notaba en su fervor el deslumbramiento del insecto ante la luz de la lámpara. Pero una cosa era el fervor literario y otra muy distinta la decantación de los sentimientos. ¿Cómo pensaba mi ayudante? ¿Quién *era* realmente Montesinos?

Habían transcurrido tres meses desde que un viento llegado del Este me cimbreara, y ahora un nuevo tornado amenazaba con arrancarme de cuajo de mis débiles cimientos. Ese día, Ekaterina se demoró en su asiento y salió la última. Al pasar junto a mí, me dijo que teníamos que hablar, que quedábamos en Ertkiza a las ocho. Cuando llegué a la taberna, ella ya me esperaba en una mesa del fondo. Sin dudarle, me acerqué a besarla y ella se dejó. Me senté a su lado y la miré a sus ojos azules.

—Estoy embarazada —me dijo.

El resto de la historia apenas si merece ser contado. Conseguí el divorcio de Melania, sólo que en vez de demandarla por infidelidad conyugal fue ella quien me demandó por mi felonía. Por supuesto, se quedó con la casa. El rector tuvo a bien mantenerme en mi puesto hasta que acabó el curso. Ekaterina continuó con los estudios y se licenció con honores. En el ámbito universitario no trascendió que el hijo que esperaba Ekaterina llevaba mis genes. A cambio de este silencio, Montesinos logró imprimir su nombre en la portada de mi ensayo acerca de la poesía de Dylan Thomas y T.S. Eliot. Mamá no tuvo fuerzas para acudir a despedirme al aeropuerto, por alguna razón se sentía traicionada.

A este lado del mundo los trámites burocráticos son complejos y tediosos. Hemos solicitado la convalidación de nuestros títulos universitarios para dar clases en la ciudad de Irkutsk. Mientras llegan los papeles, entretengo mi tiempo viendo pasar el Transiberiano, que cimbreo las vías y hace temblar las paredes de madera de nuestra humilde dacha. A veces, doy largos paseos por la orilla del lago Baikal, que es azul, como los ojos de Ekaterina, y transparente. En la soledad, arrojando piedras al agua, y en las ondas serenas creo ver reflejada la sonrisa pícaro del truhán de Montesinos yaciendo junto a Melania, y creo descifrar la secreta alquimia de sus almas tortuosas, pero no les guardo rencor, el agua del lago me sosiega, su oleaje tranquilo es un bálsamo para las fisuras aún

lacerantes de mi corazón. Y aunque, a veces, cuando veo a Ekaterina mecerse con el pequeño Marco Aurelio prendido de su pecho breve, me pregunto qué parte de culpa ha tenido ella en toda esta trama, la quietud del lago me conforta, y su pelo como la cerveza, que atrapa los últimos rayos del crepúsculo, me recuerdan el tesoro que poseo, y en estas ocasiones tomo la viola que me regaló papá en la despedida, y, a fuerza de frotar el arco sobre las cuerdas, estoy consiguiendo, por momentos, que suene Berlioz sobre la tundra.